

1

Francesca no se dio cuenta de que había utilizado un pronombre indefinido hasta que este empezó a matar a su paciente.

Alguien, nadie sabía quién, había traído a la joven a la enfermería con un hechizo desconocido escrito alrededor de sus pulmones. Francesca había proyectado varias oraciones doradas en el pecho de su paciente con la esperanza de corromper el maligno texto. De haber tenido éxito, habría sido capaz de extraerle el hechizo por la boca.

Pero el estilo del hechizo era robusto, y uno de los ambiguos pronombres de Francesca, proyectado erróneamente, había empujado el hechizo hasta el corazón. Allí, el rencoroso texto había silenciado el hasta entonces enérgico órgano.

Deslizándose hacia la muerte, la chica exhaló un último quejido.

Francesca miró en derredor, pero el solárium estaba vacío, de modo que solo vio las paredes blancas y la ventana que se abría a la ciudad de Avel. Llegaban desde la otra punta del vestíbulo las voces de otros lexicomagos; como ella, también se afanaban para salvar la vida de los heridos tras el reciente ataque de los licántropos contra las murallas de la ciudad. Tanto la enfermería como el santuario colindante estaban en estado de emergencia, por lo que Francesca estaba sola.

A su pesar, la primera reacción de Francesca fue de alivio al comprobar que nadie había presenciado su error.

Se volvió a su paciente. Los grandes ojos verdes de la chica se habían dilatado y oscurecido. No había pulso en las hinchadas venas de su cuello.

Francesca sintió un hormigueo en la punta de los dedos. No podía estar sucediendo aquello. Ella nunca cometía errores; jamás utilizaba pronombres indefinidos.

La paciente había conseguido susurrarle su nombre cuando el hechizo aún estaba en sus pulmones. Francesca se dirigió a la joven:

—Deirdre, quédate conmigo.

Ninguna respuesta.

Francesca no podía ver el hechizo; estaba escrito en una lengua que no conocía. Pero el contrahechizo dorado que había proyectado hacía visible el texto malicioso que enturbiaba el corazón de la joven.

Era necesaria una acción invasiva.

Los lexicomagos creaban runas mágicas en sus músculos; en aquel momento, Francesca recurrió a los músculos de su antebrazo izquierdo para escribir unas cuantas oraciones plateadas que brillaron sobre su piel. Con la mano derecha liberó el hechizo, el cual adoptó la forma de un cuchillo corto y preciso.

Francesca se movió con confianza. Era una mujer considerablemente alta y ágil, enfundada en la túnica negra de los magos y la estola roja de los clérigos. Tanto su largo cabello como sus grandes ojos eran de un marrón muy oscuro, lo que hacía destacar aún más su pálido rostro. Un analfabeto podría pensar que rondaba los treinta años. Un lexicomago sabría que por lo menos tenía el doble de esa edad.

Con la mano izquierda, Francesca desgarró la camisa de su paciente. Su tersa piel olivácea, su pequeño mentón y su cabello negro como el azabache testimoniaban su juventud. Aun así, las arrugas alrededor de los ojos delataban cierta madurez.

Justo en aquel momento el suelo se sacudió y las vigas de madera crujió. Probablemente un pequeño terremoto, o tal vez la onda expansiva de un nuevo ataque de los licántropos. En algún lugar de la enfermería o del santuario un hombre gimió.

Francesca apoyó la mano izquierda en el hombro de Deirdre. Pese a su profesión, la recorrió un estremecimiento y se sintió fría y asolada por las dudas. Entonces se dejó arrastrar a la seguridad de la acción.

Tras practicar unos cortes precisos, levantó el pequeño pecho de Deirdre para acceder al entramado de hueso y músculo. El siguiente corte recorrió el espacio entre la quinta costilla y la sexta, empezando en el esternón y terminando en la espina dorsal. La sangre que manó era de un rojo brillante. Esperanzador. Una sangre más oscura y espesa anunciaría la muerte.

Francesca separó la caja torácica e improvisó un hechizo para mantenerla abierta.

Los gemidos distantes crecieron en intensidad.

—Deirdre, quédate conmigo —le ordenó Francesca al tiempo que introducía las manos en el pecho de la chica en busca de su corazón. Francesca contuvo el aliento mientras extraía las perniciosas oraciones.

El suelo volvió a sacudirse. Una segunda voz, y después una tercera, se unió a los gemidos.

Francesca se mordió el labio y desenredó la última frase del hechizo. El corazón se hinchó al llenarse de sangre pero no latió. Francesca empezó a estrujar rítmicamente el órgano con una mano. Estaba a punto de gritar pidiendo ayuda cuando el corazón empezó a retorcerse.

Como una bolsa llena de resbaladizos gusanos.

—Dios-de-Dioses —susurró Francesca. Cuando un corazón se queda sin sangre, su habitual movimiento coordinado puede sucumbir mediante una serie de espasmos caóticos.

Francesca continuó comprimiendo el órgano. Pero cada vez que lo estrujaba, la vibración interior disminuía. Los músculos se estaban debilitando.

Francesca no se detuvo; no podía hacerlo.

Más voces se habían unido al gemido, el cual fluía y refluía con un ritmo espeluznante. Aunque poseía cierta musicalidad, no se parecía en nada a los devotos cánticos que los espíritus recitaban durante sus plegarias diarias.

La enfermería o el santuario parecían sobrellevar una nueva emergencia. Tal vez más ciudadanos heridos como consecuencia del ataque de los licántropos. Quizá uno de sus lexicomagos incluso había logrado abrir una brecha en las murallas de Avel a pesar de que era pleno día.

Sin embargo, Francesca se aisló de todo aquello. Tenía las manos frías. Las piernas le temblaban. Se apoyó en su paciente y el mundo se disolvió en un borrón de lágrimas.

El corazón de la chica se había detenido.

—Creador, perdóname —susurró Francesca apartando la mano—. Lo siento. —Un doloroso cosquilleo recorría ahora sus dedos—. Lo siento... tanto.

Inclinó la cabeza y cerró los ojos. El tiempo se convirtió en algo ajeno a ella. Siempre se había sentido orgullosa de su habilidad para pronosticar, para ver el futuro en las vidas de sus pa-

cientes y anticipar posibles curas o momentos de peligro. Pero no había previsto la muerte de Deirdre, y aquello parecía alejarla del tiempo, incluso de su propio cuerpo.

Durante un momento tuvo la sensación de ser otra persona, como si estuviera de pie en el umbral de la puerta, contemplando al médico que acababa de matar a su paciente. En semejante estado de desvinculación, se sintió a un tiempo segura y profundamente entumecida.

Pero no tardó en volver a su propio cuerpo, y parpadeó para aclararse los ojos. No recordaba la última vez que había llorado por un paciente, vivo o muerto. Pero ahora se había equivocado en una palabra, un maldito pronombre indefinido. Su negligencia había provocado una muerte.

Se sintió invadida por un intenso odio hacia sí misma. Se mordió el labio con fuerza.

Y, de repente, con la misma facilidad con la que había aparecido, su rabia se desvaneció, y entonces recordó su último día en la academia médica de Puerto Clemente. Le había pedido a su mentor un último consejo antes de partir. El viejo médico había sonreído brevemente y le había dicho: «Mata tan pocos pacientes como puedas».

La joven Francesca se había reído con nerviosismo.

Ahora, delante del único paciente que había matado, se rio del recuerdo; no pudo evitarlo. La extraña hilaridad parecía una especie de gas brotando de ella a borbotones. Mata tan pocos pacientes como puedas. Era súbita y aterradoramente hilarante.

Gradualmente, la risa se extinguió, y después se sintió aún más vacía.

A su alrededor, la enfermería resonaba con los gemidos. Respiró hondo. Otros pacientes la necesitaban. Debía fingir la compostura hasta que pudiera recuperarla realmente. Se limpió la sangre de las manas improvisando unos cuantos párrafos absorbentes.

El suelo volvió a sacudirse.

—¿Está suelto? —murmuró alguien.

Sorprendida, Francesca miró hacia la puerta. No había nadie allí.

El murmurador volvió a hablar:

—¿Ya está suelto?

Francesca se dio la vuelta. No había nadie en el solárium, y a través de la ventana solo se veían los minaretes y callejones de Avel. ¿El vestíbulo? Vacío.

Un débil gemido.

—Llegará pronto. Ayúdame a levantarme.

De repente, Francesca comprendió quién le estaba hablando, y su propio corazón empezó a agitarse como una bolsa llena de gusanos.

Miró a Deirdre, el ser que había confundido con una mortal.

—¿Eres un avatar? —susurró Francesca— ¿Un miembro del Canon Celestial?

—Avatar, sí. Canonista, no —la corrigió Deirdre mientras se cubría el pecho milagrosamente intacto con la blusa manchada de sangre—. Diosa sagrada, había olvidado lo que se siente al regresar.

Francesca dio un paso atrás.

—¿Qué demonios está ocurriendo?

La mujer inmortal posó en ella su mirada.

—Un demonio llamado Tifón me ha investido con parte de su alma. No me dejará morir.

—¿No... —repitió Francesca —... te dejará morir?

La otra mujer se frotó las sienes.

—Soy la esclava rebelde de Tifón. El bastardo puede controlar casi todo lo que hago a menos que encuentre el modo de matarme. Dadas mis limitaciones, a veces el suicidio resulta un poco ingenuo. Pero si consigo eliminarme, después dispongo de una media hora de libertad hasta la reanimación. —Sonrió abiertamente a Francesca—. Hoy, mi método creativo de suicidio has sido tú.

Francesca se sintió invadida por una agradable oleada de alivio.

—¿Era una trampa? ¿Era imposible extirparte el hechizo de los pulmones?

La otra mujer se llevó una mano al esternón e hizo una mueca de dolor.

—Imposible no; algunos maestros clérigos lo han logrado a lo largo de los años. Siempre es una decepción cuando me salvan la vida.

El vacío volvió a imponerse en el pecho de Francesca. Fraca-

so. Había matado a un paciente, después de todo. Pese a sacrificar la mayor parte de su vida en nombre de la medicina, aún no era una maestra.

Deirdre cerró los ojos y esbozó una media sonrisa.

—Es agradable volver a ser libre. Casi embriagador. —Se estremeció como si experimentara un enorme placer, pero, acto seguido, volvió a abrir los ojos con expresión grave—. Ahora que te he encontrado, él también lo hará.

Francesca dio otro paso atrás. Nada de todo aquello parecía real. Se rio, incrédula.

—Lo siento... pero... ¿podrías perdonarme un momento? Me estoy castigando por haberte matado perdiendo la condenada cabeza.

—¿Eres la clérigo Francesca DeVega?

—Oh, lo era hasta hace un momento, cuando he perdido completamente el juicio.

Deirdre frunció el ceño.

—¿Voy demasiado rápido? Discúlpame. A veces debería contener la lengua. Tienes reputación de ser... jactanciosa.

Francesca soltó una risotada

—Al diablo con eso. Si un superior está empeorando la salud de mi paciente, le diría que es un matasanos presuntuoso. Pero ahora que mi chapucera prosa ha matado, yo...

—Clérigo —la interrumpió la otra mujer—. Tenías que fallar. Si no lo hubieras hecho, no sería libre. Siento haberte presionado. Pero ahora mismo necesito liberarte del control del demonio. Alrededor del tobillo izquierdo llevas una cadenita de plata. Muéstramela.

Francesca parpadeó.

—¿Qué?

—En el pie izquierdo llevas una cadenita. Muéstramela.

—Mi señora avatar, con el debido respeto, no tengo ninguna condenada cadenita, por el Dios-de-Dioses.

—Muéstrame el pie izquierdo —dijo la mujer, señalándolo—. Ahora.

—No puedes hablar en serio... oh, qué demonios, aquí tienes. —Se subió la zapatilla de cuero y el calcetín de lana antes de levantar la pierna. No había nada en su tobillo, solo unas cuantas pecas—. Ves, señora, no hay nada... ¿QUÉ DEMONIOS ES ESO?

Deirdre había alargado una mano y separado de su piel una delicada cadenita de plata. La mujer semidivina la sostuvo en alto.

—No soy un lexicomago. No sé cómo funciona, pero evita que su portador perciba su presencia. Tifón la ha utilizado para retenerte en Avel. Si hubieras intentado salir de la ciudad, te habría dejado inconsciente. O puede que algo peor. No estoy segura. Ten, cógela.

Francesca observó la cadenita como si fuera una víbora.

—Esto no puede estar ocurriendo. Y... ¿y qué querría de mí un demonio? —La voz le falló ligeramente en la última palabra.

Deirdre hizo una mueca.

—Quiere utilizar tus habilidades como doctora para ayudarlo a convertir a un poderoso lexicomago.

—¿Convertirlo a qué?

—A la causa de los demonios. Te lo explicaré todo en cuanto estemos en un lugar seguro. Date prisa, coge la cadenita. —Deirdre seguía sosteniéndola en alto. El brazo le temblaba—. Aún no he recuperado toda mi fuerza. En el pie izquierdo llevo una cadenita inocua. Póntela donde estaba la otra. De ese modo, si un agente del demonio te atrapa, pensará que sigues vinculada a él.

Francesca se estremeció. Cogió la cadenita que le ofrecía Deirdre, se la guardó en la escarcela y después encontró una idéntica en su paciente. Después de quitársela, se la colocó alrededor del tobillo izquierdo y descubrió una serie de callos en la piel donde la otra cadena debía de haberla rozado. En algún punto también tenía pequeñas cicatrices, seguramente provocadas por el cierre. Debía de llevar la cadenita indetectable desde hacía mucho tiempo. Tal vez desde hacía años.

Deirdre se aclaró la garganta.

—¿Me escucharás ahora, clérigo?

—Más atentamente de lo que he escuchado nunca a nadie —respondió Francesca con un hilo de voz.

—Bien. Tengo un agente en la calle esperando que le entregue la cadenita para ocultarla... —Se interrumpió cuando el suelo volvió a sacudirse y se reanudaron los gemidos—. ¡Maldición! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Francesca. De repente, unos fogonazos naranjas enturbiaron su visión. El suelo volvió a sacudirse

bajo sus pies. Esta vez las vigas del techo crujieron y los gemidos se intensificaron.

El oscuro rostro de Deirdre empalideció.

—Hasta ahora nunca se había acercado tanto. —Urgió a Francesca a acercarse más—. Llévame a cuestras. Rápido, la afasia ha comenzado. Mis agentes en la calle corren peligro. Es horrible. Debemos salir de aquí antes de que llegue la bestia.

—¿Antes de... que llegue... quién? —A Francesca le costaba hablar. Las ideas parecían claras dentro de su cabeza, pero las palabras relacionadas con los conceptos escapaban a su intelecto. Los fogonazos naranjas frente a sus ojos eran cada vez más brillantes.

—¿Oyes esos gemidos? —preguntó Deirdre—. Ha tocado sus mentes. Tienen pensamientos pero no palabras. Se denomina afasia. Tú también empiezas a sentirla; ya eres ligeramente afásica. A no ser que salgamos de aquí antes de que llegue, puede que no puedas volver a pronunciar una palabra.

—¿É... él? —tartamudeó Francesca desde la cabecera de la mesa—. ¿El demonio?

Más voces se unieron a los gemidos y empezaron a subir y bajar en una espeluznante cacofonía de llamadas y respuestas.

—No, otro esclavo. Al que pretendía atrapar con tu cadenita. Pero mis agentes ya deben de estar muertos. La bestia nunca se había movido tan rápido. ¡Maldita sea! Debemos marcharnos antes de que llegue a la enfermería.

Con dificultad, Francesca levantó a Deirdre de la mesa. No podía centrar la vista. Deirdre le rodeó el cuello con sus brazos. Los aullidos alcanzaron un crescendo frenético y de repente cesaron. El suelo se estremeció.

—Diosa, defiéndenos —susurró Deirdre, aumentando la presión de sus brazos—. Está aquí.